

LA BARRACA MURCIANA

Francisca Soldevila Iniesta

La Barraca, esa modalidad arquitectónica popular huertana, bien conocida por todos incluso en sus detalles de funcionalidad, calidad y estilo, fruto de encuentro entre el medio ambiente y la situación económico-social en momentos de nuestro huertano pasado y tan numerosa todavía a principios del siglo XIX en la Vega del Segura y del Sangonera, la consideramos el marco ideal de algunos modos de vida y costumbres populares y, por ello, nosotros, los murcianos, la mantenemos presente en nuestras fiestas como manifestación etnológica o folklórica de primer orden, como necesidad de dar respuesta sobre lo que hemos sido, y por tanto, de lo que actualmente todavía somos y hacemos ocurrir.

Reverte Salinas en el año 63, nos hizo recordar que todavía el ayer de las barracas era adyacente, casi presente pues, “cuantos pasen del medio siglo, recordarán un grupo que existía en las mismas puertas de la capital, detrás del Romea, al final de la calle de la Aurora. Parecían blancas palomas posadas junto a la acequia que mostraban al viandante sus modestos pero frescos y limpios interiores, el tinajero y la platera que de emperejilao se saltan, las sillas de morera con asientos de esparto o anea y hasta las albas puntillas de la cama con su colcha de colores, digna de casas más amplias y cómodas”.

Según este mismo autor, “la barraca murciana podemos definirla geográficamente como la vivienda “elemental”, según la clasificación de Demangeon, “simple” según la de Lecvre, en la que vive una familia de modestos agricultores intensivos, cavadores y no labradores, jardineros más que agricultores, que apenas tienen productos que guardar porque los venden a diario o semanalmente en los mercados, que viven de día y de noche al mismo cui-

dado de sus delicados cultivos y que pueden alimentarse, casi de un modo autóctono, de los productos que le da, en tres o cuatro mil metros cuadrados de terreno, la más exuberante agricultura europea que, en el suelo aluvial más fecundo, produce el sol más luminoso del continente”.



De absoluta sobriedad y sencillez, la construcción popular ha venido siendo desde hace siglos el reflejo exacto de un medio determinado, de su estatus económico y social, el recinto habitado por un núcleo familiar presidido por una vida de trabajo; asimismo, la barraca es casa rural o de labor de un tipo de población disperso, emplazada en un terreno tan fecundo como pequeño –cultivo minifundista–, exigiendo de sus habitantes una absoluta esclavitud de la tierra: la necesidad de su negocio exige que se cuide, se guarde y se viva sobre la misma y, por ello, el huertano habita en el lugar en el que trabaja y no puede alejarse una vez terminada la tarea.

Esta aparición de la arquitectura popular como obra de un carácter marcadamente individual, surgida de una en

una, que deberíamos considerar como prototípica, contribuye a un crecimiento lento, casi biológico, dando lugar a conjuntos con un sentido orgánico como apenas es posible conseguir desde la arquitectura profesional.

Señala Caro Baroja con respecto a la Barraca, “todos los autores están de acuerdo en admitir que es un tipo de construcción muy arcaico, que se remonta a épocas prehistóricas” y el geógrafo Casas Torres (1944) escribió: “la bella habitación levantina, por su estructura, materiales y sencillez, es lógico presumir que se trata de una vivienda tan antigua como el hombre”; Alarcón y Fernández Trujillo dice de ésta “que se aproxima en su figura á la de las antiguas tiendas de campaña: son igualmente las habitaciones de que se servían los árabes para atender al cultivo de esa huerta”; Rodrigo Amador de los Ríos, escribió al respecto “...nadie podrá decir cuándo naciste, nadie podrá investigar con datos positivos tu origen, ni sabe si eres hija de las agricultoras gentes arias, de las cultas y emigrantes griegas, de las mercantiles fenicias, de las industriosas y militares carpas oscuras de las oliveras...” pero, “todo lo debe á aquellos agricultores del Egipto y de la Arabia, pues hicieron el jardín oriental de Al-Andáalus”, “...ellos fueron quienes abrieron las venas del Segura que serpentean, se ramifican, corren y se extienden abundosas y tranquilas por el fértil valle en multitud de acequias, de brazales y de partidores, festoneados de verdes cañaverales...”, “...plantaron allí las erguidas palmeras que entonan el paisaje de la huerta, quienes aprovechando o no antiguas tradiciones y cultivos, tejieron como preciada alfombra á las plantas tantas veces maltratadas por los desbordamientos del Segura, del Sangonera y del Guadalentín”.

Esa serie no interrumpida de jardines, como escribió Alarcón y Fernández Trujillo, “en los que se ostenta el encarna-

do clavel al lado del naciente trigo; á la rosa, al lado del maíz y la cebada; á el de las abas, los pésoles, las criadillas, la cochinilla, la fresa, y las bajocas: á la corona al lado de la multiplicada morera, á esta entre infinidad de albericoqueros, membrillos, granados –a estos últimos el geógrafo árabe Batutah, les alaba el color rubí inigualable de sus granadas “llamadas de Murcia”–, almendros, nogales, higueras y otros frutales; flores, coles, coliflores, acelgas, apios,...y sin dejar de ser notables el sin número de parras en todas partes, de diferentes y apreciadas clases de uvas por entre esa alfombra verde, que deslumbra si se mira alternativamente a ella y al horizonte”.

Una vega de mas de cuatro leguas de riego abundantísimo, que para templar la demasia del agua, tomaba sólo la que basta para el riego de la vega, dando de éstas dos acequias mayores, llamadas Alquibla y Aljufía, con las menores, los brazales y las regaderas, hijuelas por donde se riega toda la huerta, “cruzándola en toda ella con mil giros y vueltas desordenadas, cientos de acequias que con su circulación le dan vida, como le dan las venas al cuerpo humano”; “molinos sobre embarcaciones como en el Ebro, norias de corriente...”.

“...Murcia tuvo su Arcadia en su hermosa Huerta. Rumoroso paisaje de frescas y frondosas sombras acogedoras. Se manifestaba en toda su fastuosa belleza con la llegada de la primavera, con aquel olor vegetal, tan sano como enervante, que despedía el paisaje, todo renovado de savias y las aves canoras acotaban su frondoso territorio alertándonos de sus nidos y crianzas. “Las abejas, ya en mayo, volaban de sus colmenas, y en rumorosos enjambres buscaban los cocones de los grandes árboles donde labrar sus panales y depositar su dulce y apetecida miel, tan abundante, que chorreaba espesa y dorada por los rugosos troncos. Tan gozoso era ese tiempo que no pocos lugares se adelanta-



ban con sus primeras fiestas para celebrar las cosechas”.

Si seguimos retornados en el tiempo nos encontráramos, por ejemplo, en las inmediaciones del Santuario de la Fuensanta en una luminosa tarde primaveral, podríamos contemplar el panorama de la magnífica vega –Flores Arroyuelo la describió así: “destaca por su caracterización el manchón verde de la Huerta de Murcia o Vega Media del Segura, que se extiende sobre la llanura que en leve declive discurre entre dos cadenas de montañas paralelas y por la que corre el lecho del río abierto sobre dos muros de tierra, y que marcha éste hacia el mar Mediterráneo tras cruzar las tierras alcantinas de la Vega Baja”–, como cuna que envolvía esos prismas enjalbegados de cubierta vegetal a dos aguas y muy peraltada y, nos preguntaríamos con intriga y misterio, dónde empiezan y dónde acaban los límites de ésta con los de la ciudad, pues ambas, vivían en una simbiosis perfecta, se puede decir que... ¿era la huerta más urbanizada de Europa!. Y...”no hay sino ver, amarilleando a través de las enramadas abundosas, los techos de albardín de las barracas”.

Baeschlin, en 1930 escribió que “el encanto de esta clase de construcciones reside en su original silueta, muy parecida a la de los cottages ingleses y casa perfectamente con el paisaje tranquilo de la vega, destacándose sus blancas fachadas sobre fondo obscuro de los naranjos. La palmera da la nota vertical, completando la impresión de paisaje netamente levantino donde perduran recuerdos musulmanes”. Con su aspecto agradable, siempre se ha encontrado realzada por autores que le atribuyen su valor poético y pictórico, “que tuvo en cierto momento, encantador y amoroso”, como tan bien definió Almela y Vives.

Esta modalidad arquitectónica está integrada en el paisaje; los materiales de construcción y las técnicas artesanales responden a una adaptación al medio, prevaleciendo los caracteres funcionales. El hombre popular parece reflejar con este proceder, el respeto y seriedad que le merece algo tan fundamental para él como es su propio hogar; la construcción de la vivienda ha supuesto desde antiguo uno de los acontecimientos más trascendentales de cuantos podrían presentarse a lo largo de su vida, “hacia su casa como la golondrina su nido: con el barro y la broza más próximos y, como el pájaro, temiendo que su albergue fuera casi de temporada porque el río se lo llevase –cerca está del que la vida lo mismo da que mata– que dijo Vicente Medina; o porque La barraca murciana, menos fuerte y más pequeña que la valenciana, no duraba más que la vida de la pareja que la construyó con amor y sacrificio. La fragilidad de la construcción, la humedad y las inundaciones, no permitían más”. Con amor si consideramos el que ponen las jóvenes en su ajuar: “Su arquitectura y su menaje supusieron el desvelo constante del aporte del novio y de la novia, para poder contraer matrimonio, muchas veces ayudados por sus padres y hermanos; Desde el amasar los adoves

(mezcla de barro, yeso con la paja) junto a la futura vivienda, hasta las sillas de morena –por lo menos el trenzado de sus asientos– y las puntillas de sus blancas sábanas hechas en fantásticas combinaciones de alfileres con los bolillos que se veían manejar a la sombra de la parra en el verano y al sol del invierno en el delante de la puerta, se hacían con esfuerzo, cariño y tiempo”; Seijo Alonso (1973), alude a la sismicidad “como razón poderosa que facilitó la propagación de esta rudimentaria vivienda: ligera y de poca altura, que redujera los riesgos en caso de seísmo”, pero en realidad, fueron los incendios y las inundaciones los factores de mayor riesgo que atentaban las barracas de nuestra huerta. En relación con este hecho, se realizaban ritos para alcanzar el beneplácito de las fuerzas ultraterrenas y lograr una protección para la vida en esa vivienda; la colocación sobre ella de un símbolo religioso podría serlo el refrán que dice: casa bien puesta, la cruz en la puerta; la colocación de amuletos paganos (laurel, olivo), junto con símbolos cristianos, también demuestra a parte de temor de los poderes sobrenaturales, una ausencia de límites definidos entre las supersticiones y las creencias religiosas, cosa que con frecuencia suele darse en la esfera de lo sencillo.

Como complemento indispensable de la barraca: la “barraqueta”, gallinero y cuadra en una pieza, construcción independiente de planta rectangular e igual aspecto exterior que la barraca principal, aunque de menor tamaño.

La benignidad del clima favorecía la vida al aire libre, bajo el emparrado y moreras o a la sombra de cualquier higuera próxima: en el “delante de la puerta” que tanto llama la atención al geógrafo francés Desfontaines, realizándose el diario quehacer doméstico y las tertulias del anochecer. Por esta circunstancia, dice Jorge Aragoneses que, la barraca murciana a diferencia de la valenciana, no tuvo

casi nunca chimenea para dar salida a los humos en el caso de que la huertana cocinase en el fogón de lumbre baja, situada a la derecha conforme entramos a la casa, “to lo más, había un ventanuco de cañas” –“el humo dicen los huertanos antiguos de Murcia, solo ennegrece las paredes, y sobre todo si quiere salir, que salga por la puerta, que siempre está abierta”-. “Pues era más corriente que, el fogón para la comida se situara al aire libre, sobre un apoyo de obra que protegía un tambalillo de cañas”: La cocina de situaba al aire libre, formada por dos pequeños muros adosados a la fachada con una cubierta a un agua y el frente completamente abierto.

Sobre la fachada principal a ambos lados de la entrada, corrían sendos poyetones (bancos) de obra, sólidos y utilísimos asientos de múltiple aplicación; Por encima del emparrado y formando umbrosa bóveda, las hojas de una amplia higuera, de donde colgando de una alcayata de madera y pendiente por una soga de una rama de aquella, había una jarra de largo cuello de cuya panza manaba siempre una gota de agua; de las cañas de la entrada, se balanceaba la cántara o botijo y, del voladizo de la polsera, aguaderas de esparto, algún cachumbo del mismo material y calabazas de cuello (de donde luego saldrían las utilísimas chirigaitas para el vino); ventrudos botijones de barro tresmanante y otros objetos y utensilios.

Por un lado de la barraca, un brazal, donde se fregoteaban cachivaches: parece que la acequia se hace remanso junto a estas barracas resguardadas por una alta bardiza y, en las que había lavaderos, eran un grato lugar de encuentro para las mujeres, soliendo venir algunas de lejos, cargadas con su hatillo de ropa sucia y sus embarnizados lebrillos sobre la cabeza. Las ropas que iban lavando las colgaban, para secarlas en las ramas, bardizas o en cuerdas que traían al efecto, mientras seguían aclarando y quitando suciedad a

las restantes prendas; una vez terminada la labor, cargaban el hatillo de ropa seca al hombro, mientras que las húmedas las llevaban en el lebrillo de nuevo sobre la cabeza con admirable equilibrio y habilidad.

Por el mismo lado de la barraca y el contrario, frondosos dompedros encarnados y amarillos, junto al cultivo intensivo de hortalizas y legumbres –éstas aparecen en las Actas Capitulares desde 1375 con bastante frecuencia, ya que la producción huertana puede encuadrarse dentro de un policultivo intensivo con presencia de frutales y numerosos cultivos de huerta. Como apunta Francisco Calvo: “cultivos simultáneos, rotaciones apretadísimas que jamás dejan descanso a la tierra, forzado ritmo de cultivo que aprovecha las ventajas climáticas y utiliza un exceso de abonos, etc., colaboran en la construcción del abigarrado paisaje de la huerta actual”.

A poca distancia, delante de la vivienda, un horno de forma semiesférica, de indudable semejanza con los romanos, como lo demuestra el bajorrelieve que reproduce Rostowzeff en su Historia del Imperio Romano y la noria o “cenia” con enormes ruedas en las huertas de Orihuela y Murcia, construido principalmente para cocer el pan, asar patatas y hacer en Navidad los dulces típicos. Cerca de él se encontraba la tabla del pan, la pala, la cantonera de caña, la horquilla del horno y haces de leña en abundancia; también un pozo, la gran pila de lavar –labrada en piedra tosca–; la era y el pajar, el trillo, las horquetas y el arado.

Las carretas de vacas, el carro, siendo éste el medio de transporte más corriente y socorrido: la gente con posibles tenía carro, carreta y además, una tartana o pequeña galera para venir a Murcia o ir a pueblos más alejados, en caso de bautizo, boda, u otra invitación.

No lejos de este panorama, un hoyo cuadrado, donde rebullían conejos de

todos los tamaños y que se veían por encima de espesas cañas; también la marranera, el palomar,...; imaginamos con facilidad la figura de un zagal con pelo de estopa, de tan rubio y castigado por los rayos del sol, jugando con un perro de casta indefinible y, en la puerta de la barraca, a la chiquilla, morenica, casi delgada, en derechura de unas gallinas que picoteaban en su derredor y, de un gato negro (señal de suerte que dice la superstición).

Todos estos factores configuraban el entorno del huertano y ahí hacía su vida: comía bajo la parra, pasaba sus tertulias, celebraba las cosechas,... bailaba, trenzaba el esparto y el bolillo, organizaba sus famosos juegos como es “el desperfollo” o deshojar el maíz –que da ocasión a los mozos para que se tomen ciertas libertades con las muchachas–. Vivía el teatro popular en los autos pastoriles de Navidad y Reyes, en Semana Santa espléndidas procesiones,... a la vez que cuidaba y luchaba por su pequeño jardín, completando de esta manera las actividades económicas propiamente urbanas de artesanía y comercio.

ORÍGENES

Caro Baroja dice que hubo siempre en muchos lugares del mundo construcciones semejantes a ésta, que las había en otros sitios de España, Europa, Asia, ...; Feduchi dice que en Irlanda, en Francia y en la Puglia italiana, por la constante relación con las naciones del Mare Nostrum, se justifican con éstas algunos temas comunes; también escribió que la fuerte influencia de los dos pueblos: romano y árabe, hizo que Murcia tuviera rasgos de influencia andaluza; asimismo, la relación histórica entre el levante español, Aragón y Baleares, también se refleja en los matices comunes de su arquitectura popular.

Las barracas catalanas, refugio de leñadores o de viñadores en épocas de poda y recolección en las comarcas tarra-

conense y balear, tienen gran interés arqueológico y una curiosa construcción (la planta de éstas es circular o cuadrada, construídas con piedras pequeñas sin labrar sentadas en seco y cubiertas por bóvedas cónicas construídas sin cimbra, por hiladas horizontales voladas sucesivamente. Otras veces en caso de planta cuadrada, se cubren con bóvedas sobre pechinas).

En la zona de la Albufera, concretamente en lo que fue isla del Palmar, existe otro tipo caracterizadas por tener la parte más castigada de los vientos en fachada redondeada, que vista desde lejos parecen barcos tumbados al revés; También en la Albufera, las destinadas a criaderos de anguilas, cuyas paredes son de madera.

La particularidad de las de Cullera consiste en que sus paredes son de piedra, por hallarse junto a una roca.

La edificación para depósito de cebollas o "sebera" tiene también forma de barraca, pero más baja, más larga y más estrecha.

La barraca valenciana, en concreto la de estilo Huertano, es como la murciana, de planta rectangular, aunque sus dimensiones generalmente mayores que ésta y la de Alicante, siendo su altura también superior y el ángulo que forma la cubierta en el vértice de sus lados frontales superiores, oscila entre 60 y 65 grados.

En algunas de estas modalidades, era posible el que se construyera dos barracas juntas, una adosada a la otra aunque independiente, destinada a establo y otros servicios; Existen incluso triples y de dos y tres pequeños habitáculos, como unas de Mallorca.

En cuanto a la constancia histórica documentada de los orígenes de la barraca, según García Mercadal, en el siglo XIII el poblado que D. Jaime el Conquistador llamó Villanueva del Mar se componía de esta vivienda; es preciso remontarse al siglo XV para encontrar la primera repre-

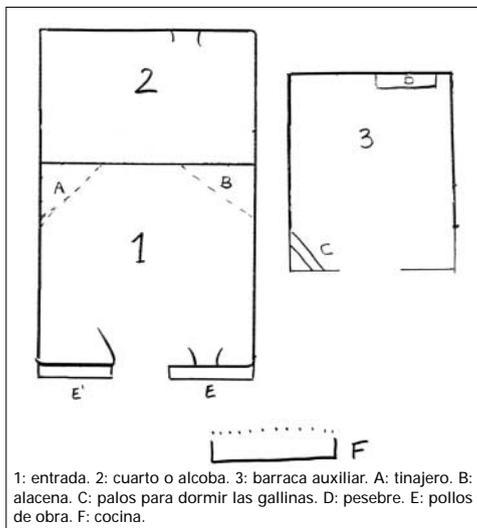
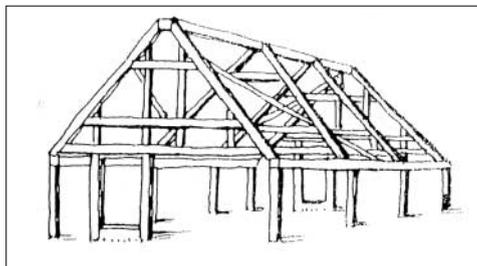
sentación artística en una tabla de Jaime Mateu, del 1417, o más tardía, que se encuentra en el Museo de San Pío V, que representa, en primer término una Santa, y al fondo, dos barracas, muy semejantes a las actualmente existentes.

En otros documentos del siglo XV ya se cita este tipo de vivienda como autóctona del huertano murciano y, en el siglo XVI, se dice que esta cruz, servía para diferenciar las barracas de los moriscos convertidos al cristianismo de las de los moros, dicho que no tiene una comprobación histórica.

TIPOS Y ARQUITECTURA

Como escribió Jorge Aragoneses, la manera de construir los muros admitió una triple solución, que ha venido a caracterizar los distintos tipos de barraca murciana: la de "atobas", la de "testereros" y la mixta. El primer tipo fue más corriente entre nosotros, correspondiendo, siempre dentro del esquema de vivienda elemental, a la clase más acomodada.

La barraca de "testereros" es una construcción más modesta, que difería de las otras en la estructura de sus muros y también en la distribución interior. Más elemental que la de adobe, solía ser una verdadera cabaña o choza de una sola habitación, prácticamente esclavitud a un medio huertano modesto. Hay quien dice que en ésta, tiene sus orígenes la de "atobas". Con los zarzos de cañas que se revestían de barro, se formaban las cuatro paredes de la vivienda: "se empezaba por clavar en el suelo los "laeros", que eran pies verticales de madera de morera u otro árbol de la huerta. Sobre ellos -generalmente cuatro por costado en la barraca de una sola habitación-, una rama larga de la misma madera o de varias ramas empalmadas, los enlazaba en su parte superior. Sobre esta corredera -la "laera"-, se armaba la cubierta con los mismos elementos y forma que en la de adobes. Aquí



1: entrada. 2: cuarto o alcoba. 3: barraca auxiliar. A: tinajero. B: alacena. C: palos para dormir las gallinas. D: pesebre. E: pollos de obra. F: cocina.

Croquis de la barraca de testeros. Isidoro Reverte en el Diario "La Verdad". 15-12-1963.

se agragaba el problema de sostener la cubierta, fácil en las otras una vez logrado el colocar la lomera, sostén de toda la estructura elemental. Para esto era preciso tender la "caena", palos transversales que unían los "laeros" y permitían ir sujetando la corredera que había de formar la lomera".

El tipo mixto simplifica el problema de la cubierta ya que se construía la fachada y contrafachada de "atobas", siendo los laterales de "testeros".

La descripción de la barraca de adobes o "atobas" adoptada por Mora, Martorell y González para la presentación en el VII

Congreso de Arquitectos, publicado en 1917 en el Boletín de la Sociedad Central de éstos, coincide con los estudios realizados por otros autores con respecto a ésta, y que a modo de resumen es lo siguiente: Se empezaba la barraca por la elaboración de los adobes o "atobas", ladrillos bastante pesados y sin cocer: para ello, se preparaba la tierra muy molida cavando una zanja de 50 cm de ancho por 40 de profundidad y que concluida la obra servía a sus ocupantes de estercolero (estiércol de los animales y toda la basura que generaba la vivienda), que a su vez se servía para conseguir un abono que se emplearía más tarde en la tierra.

La tierra se desmenuzaba paleándola bien con el legón; después se hacía con ella y sin trasladarla, arrasaba el barro mezclado con paja para darle consistencia y evitar su agrietamiento al secarse. El huertano llenaba con esta masa moldes de madera, enrasándolos hasta conseguir los adobes o ladrillos especiales, hechos con sus propias manos, (de 40x35x5 cm). Los ejemplares se iban dejando secar sobre una era o algún bancal en barbecho y una vez secos y solidificados, se amontonaban cubriendo pilas con carrizos para protegerlos de lluvias inesperadas.

Reverte Salinas 1963: "Recuerdo que era frecuente hace cincuenta o sesenta años, ver en las huertas, montones de adobes, muy bien apilados y recubiertos de cañas o carrizos con sus hojas, o alcababas de maíz. Se protegían de esta forma para evitar que la lluvia los deshiciese".

Cuando se disponía de cantidad suficiente se empezaban a levantar los muros, elevándolos con la mayor verticalidad posible. Los adobes o ladrillos se trababan con barro, enluciendo después con yeso; se hacían con tiempo unas veces, otras se esperaba reunir el dinero necesario para comprar los palos, puertas y ventanas, que el huertano había de adquirir en el mercado ya que lo demás era propia

fabricación o recogido por él en las cercanías, en bancales y acequias.

La construcción se empezaba excavando unos cimientos muy poco profundos en la forma y dimensiones totales exteriores que debía tener la vivienda: un rectángulo de unos 8 m de largo y entre 4 y 5 m de ancho.

En alzado, las fachadas laterales eran rectángulos y los frontales, pentágonos terminados en ángulo agudo de unos 80 grados, sobre los cuales descansa la lomeira de cubierta. La cimentación de la barraca fue poco profunda como corresponde a una estructura ligera asentada en terrenos en donde capas o mantos de aguas subterráneas, como eran las de los regadíos de la huerta y las propias de las acequias próximas, evidentemente se encontraban bastante superficiales; Existían lagunas en la vega y que son las zonas que hoy tienen el agua freática más somera, a parte de que el río, al salirse de su cauce en las frecuentes inundaciones, dejaba abundantes encharcamientos.

Por este motivo, hay quien supone que la barraca es una derivación de los antiguos palafitos –y en especial, la barraca de testeros, que está clavada y no edificada sobre los suelos húmedos de la huerta–, las viviendas prehistóricas que construyeron los habitantes de las zonas pantanosas y de las orillas de los ríos y que, al igual que el hórreo gallego y asturiano, obedecería al medio climático o económico. Éstas no eran abundantes en las huertas de la capital ni incluso en las del Sangonera, en cambio, muy frecuentes en Orihuela y en los límites de las provincias de Murcia y Alicante.

Lamperez, en su estudio a este respecto, apunta que la barraca tiene cimentación y, por tanto, opina que no puede proceder de los palafitos.

Las paredes tienen una altura entre 2 y 2'50 metros; sobre los laterales se coloca una carrera horizontal a la que se clavan los pares de la armadura de la cubierta y

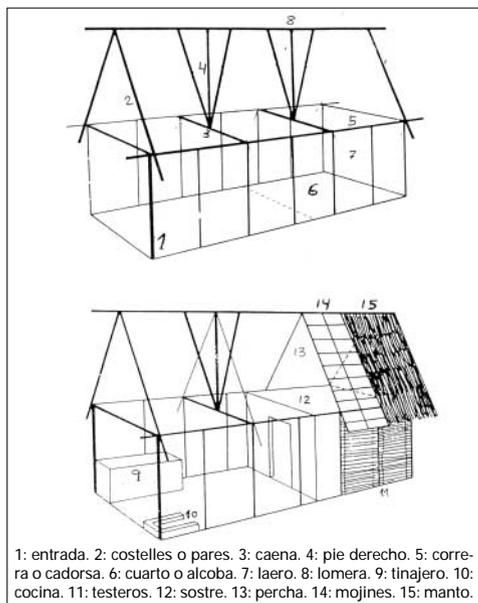
las vigas del piso, que sirven de tirantes, normalmente a ellos se coloca un cañizo resistente (cuyo material abunda en la huerta), que constituye el piso de la andana, sobre el que pueden dejar provisionalmente las cosechas de poco peso –la carencia de productos almacenados a largo plazo por ser éstos casi en su totalidad perecederos, hace que se reduzca al mínimo los recintos de almacenaje–. Sobre este piso de la andana se colocan durmientes que se trababan con soga de esparto, cañas gruesas “liceras” (cañas de más de dos años creciendo en la orilla de la acequia o río), que tejido como un techo interior, se revestían con un manto de barro, enlucido a veces, de yeso, siendo este mismo procedimiento el que se utilizaba para cubrir el suelo de la barraca, que con frecuencia se limitaba sólo a apiñonar el terreno natural para dejarlo liso, al que se regaba con cierta frecuencia para dar humedad y frescor al interior.

En el lado se disponen unos pies derechos, desde el tirante al par, unidos longitudinalmente y transversalmente por medio de listones formados por unos marcos y bastidores, sobre los que se colocan los cañizos destinados a la cría del gusano de la seda.

En la fachada principal se podía abrir una ventana y a veces dos, aunque la abertura más extendida, era la existente en el lado de la chimenea, orientada al levante, y, el de la habitación dormitorio, que daba a poniente.

El umbral de las ventanas recibían una rama fuerte de higuera, de albaricoquero o de morera, que eran aún más duras que la primera. De estas maderas se fabricaban también los barrotes, verticales y de sección cuadrada, que cruzaban los marcos.

El calor y el exceso de luz determinaron la elevación de los techos, aisladores de los rayos solares, la elevación del entrepiso destinado a almacenar productos, para evitarles la humedad del suelo; las



1: entrada. 2: costelles o pares. 3: caena. 4: pie derecho. 5: corre-
ra o cadorsa. 6: cuarto o alberca. 7: laero. 8: lomerá. 9: tinajero. 10:
cocina. 11: testeros. 12: sostre. 13: percha. 14: mojines. 15: manto.

Croquis de la barraca. Isidoro Reverte en el Diario "La Verdad". 15-12-1963.

paredes, gruesas, bien de adobes o de testero, eran también protección contra el calor. La fuerte inclinación de la cubierta y la superposición de los mantados, determinaba que el agua de lluvia torrencial resbalase por la superficie vegetal poco impermeable. Si se hubiera construido de forma horizontal, hubiera resistido menos la putrefacción.

Entre las diversas partes que constituyen la barraca, es la cubierta especialmente conflictiva, además de ofrecer una notable inseguridad respecto del fuego exigía una mano de obra muy especializada no solo para su construcción, sino para su reparación y mantenimiento.

Desde las paredes laterales de la viga que se tendía entre los dos vértices y que soportaba toda la cubierta, se cruzaban los frágiles palos de cibarones, de chopo, o gruesas cañas –"liceras"– atando varias entre sí. Sobre ellos se cruzaban cañas que se sujetaban con cuerdas de esparto, sien-

do éstas horizontales y las guías más gruesas, en sentido de la pendiente; sobre ellas, normalmente van otras espaciadas 40 cm, a las que se ata la broza que forma la capa exterior de la cubierta con un vuelo o alero llamado "polsera" sobre la que se van colocando de abajo arriba las demás hiladas –a esto se le llama el "mantar"–, tejidas solapadas 1'10 m sobre la anterior, de paja sisca o cualquier gramínea que cubriese y fuera resistente a la humedad. Al llegar a la cumbre, lomerá, carena o caballete, como vulgarmente se llaman a las cubiertas a dos aguas, también era frecuente usar el albardín o esparto fino.

La parte de fachada que forma el piñón y que no soporta ninguna carga, es sólo elemento de cerramiento, y, por ello, se construye de cañizo revestido de barro. En dicho cañizo se dejan estrechos huecos para la luz y ventilación de la andana o desván, a la que se llega desde el interior con una escalera de mano (con frecuencia, esta escalera no es más que una serie de palos paralelos empotrados sobre dos paredes en ángulo y situadas a unos 40 o 50 cm de arista).

La cubierta avanza sobre la fachada unos 60 cm formando el ala del penal, cuya broza del borde, se rodea de una caña muy fina o cañizo, formando un cilindro protector, equivalente a las dos tablas de madera con que se rematan muchos costados de los tejados a dos aguas en muchas otras zonas y arquitecturas.

Rematando las dos fachadas principales, colocan una cruz de madera, que a veces fue de traza doble remedando a la Cruz de Caravaca, clavada sobre la testa de la hilera.

Cada 5 años solía repararse la cubierta, a no ser que cualquier desastre obligara a hacerlo antes.

Una única puerta amplia para que ilumine bien el interior, se abre en la fachada, casi siempre orientada al este o al mediodía, pero no al norte ni al oeste. Al

otro lado una ventana y debajo de ella un banco. Al pie de las paredes laterales se dispone un pequeño terraplén, donde los geráneos y otras plantas de hojas perennes y raíces cortas plantados como zócalos florido, a lo largo de las barracas, retienen la tierra y evitan las humedades a la vez que destacan bellamente sobre su inmaculado blancor.

Todo ello, a excepción de la broza que constituía el material de la cubierta, se enjalbegaba con blanquísima cal, que las defendían de la humedad y del calor, o impedía la desintegración del barro.

INTERIOR

La barraca en su interior ofrece únicamente dos piezas: la entrada, que en invierno, hacía las veces de comedor y cuarto de estar; asimismo se encuentra una cocina, tinajero, estructura de caña para la seda y lejas. En segundo lugar, la alcoba que se reducía a un cuarto más que a dos –no existiendo ésta en las barracas más humildes–.



Dice Jorge Aragoneses que al tinajero murciano, se le ha llamado “Altar doméstico consagrado al agua”, por ser elemento esencial para la vida del hombre y porque el huertano celebró a su vera uno de los ritos más importantes para su perpetuación, el de la aceptación del pretendiente tanto por parte de la futura novia como por parte del “jefe de la casa”: pedía el mozo permiso para beber en una de las “jarras de picos” (de cinco pliegues del borde de boca), que “tresmaban” o rezumaban en el tinajero. Si la moza bebía en la misma jarra, tal hecho suponía su consentimiento al noviazgo y si tras ellos bebía el padre de la novia, el gesto formalizaba seriamente el contrato prematrimonial.

En cuanto a las tinajas del que éste está compuesto, pintadas de rojo y morisco perfil, hechas en las alfarerías de Espinardo, Totana, Aledo, con paños en blanco y rojo o de ganchillo y encima tapadores de madera pintados de azul, contienen el agua que se trajo de la acequia, para beberla reposada y con comodidad (El transporte de agua se hace por mujeres que llevan los cántaros sobre la cadera o por vendedores ambulantes que los cargan en mulas, en carros particulares tirados a mano con ruedas en forma de disco o en carros especiales de dos ruedas movidos por bestias). Junto a ellas, el cociol (corcio) de las coladas.

Contra esta sinfonía de rojos, destacará el amarillo pálido de la cántara de Aledo, del botijo con figura de gallo cocido en Totana o la jarra de rollo lorquina; los verdes, azules y violetas-manganeso de los lebrillos y lebrillas trianeros.

Jarros vidriados, de loza policromía o monocromos en azul, que colgaban por las asas de la “percha”, traídos de Manises.

Las fuentes y ensaladeras circulares, los grandes “azafates”, también de loza, cuadrados y rectangulares, alguna bandejilla de cobre pintado, se apoyaban empinadas contra la pared, al fondo de la leja;



delante de ellas, aparecían las copas de “repizco”, las tazas de café, pequeñas jarritas de lustre metálico, tres o cuatro botellones, jarras de vidrio, alguna sopera y frutero de loza. Las lozas y los vidrios llegaron a los hogares huertanos desde el mercado semanal o a través de vendedores ambulantes.

En cuanto a las piezas metálicas del menaje, se distribuían también según normas determinadas: las sartenes iban al sartenero, nicho abierto en uno de los laterales de la lumbre baja, al abrigo de la campana. Cazos, raseras, rustideras, apartadores, chocolateras, planchas, etc., podían colgarse directamente sobre la pared en la entrada” que, como escribió Marín Baldo en un episodio novelesco del *Semanario Murciano*, “en un lienzo de la pared, se halla colgada la batería de cobre, en la que aparecen tres o cuatro y más chocolateras, alguna de ellas extremadamente grande, pero así como todos los otros utensilios que venimos describiendo, jamás se usan. Allí estaban de adorno y nada más. Sólo en alguna solemne ocasión suelen hacer un chocolate en la huerta de Murcia. Yo recuerdo cuando a la tía Pepa la Cavernera, que vivía en el partido de la Flota a la salida de Puerta Nueva, le preguntábamos un día...cómo se hallaba su marido..., y la pobre mujer muy afligida nos contestó diciendo: –mu malico. Anoche pensamos que se nos iba a rematar y hubo que daller el chocolate, el pobre

pero me parece que no escapa de ésta.– Es decir, que el chocolate se aplica a los enfermos, las recién paridas también suelen tomarlo y, en los bautizos y las bodas es cuando se luce la gran chocolatera, que le caben dos litros y más de este brevaje”.

La cetra se tenía siempre a mano, junto a las tinajas. Trébedes, tenacillas y parrilla descansaban junto a la lumbre. El calentador de cama permanecía en discreto lugar de la alcoba, mientras el brasero también de algún muro de la cocina.

En cuanto a los utensilios domésticos de esparto, caña, calabaza y palma, los huertanos también los utilizaban ya que, estaban insertos y dependientes de un medio en que la vegetación prima. Colgando del techo, pendían las caracoleiras o caracolas dispuestas para indicar sonidos, bien en los momentos de avenidas e inundaciones, o para señales entre vecinos; lazos de cordeta para melones,



cachumbos para secar embutidos de la matanza del cerdo, cestas y cestos. Donde menos estorbaba, una pequeña mesa tocina y ocho o diez sillas de “anea”: de poca altura, con asientos de esparto entrelazado y, patas y respaldo de moreira. Alarcón y Fernández Trujillo, escribió acerca de la tradición musulmana a la hora de sentarse en la mesa: “...suele ser mas corriente, no sentarse á la mesa la mujer ni las hijas, pero comen de pie, en el suelo, sobre el arca, ó andando”; es sabido que esta costumbre no es acatada como hábito general en las familias y, a lo sumo, se respetaban otras, como podemos observar en el relato escrito por Rodolfo Carles, al narrar la fascinación de un invitado viajero cuando se sentaba con los huertanos alrededor de la mesa: “...pero una cosa llamó mi atención: á los muchachos les sirvió su madre, poniéndoles un plato á cada uno en el poyo de la puerta á donde alcanzaban de pié.” Él preguntó por qué no se sentaban en la mesa con ellos, respondiendo la madre: “es costumbre de la huerta. Mis hijos son mi gloria, pero aquí tenemos aprendido que la mesa ande comemos es el altar, y tanimientras que no van á la iglesia y reciben delante de aquel altar el Cuerpo del Señor, no se sientan á esta mesa á comer en compañía de sus padres. Siguió, pues, el arroz llenando nuestras finas cucharas de madera; y antes de levantar al cabo de un rato el limpio mantel, tres padrenues-

tros, un creó, una salve á la Virgen del Carmen y otra á la de la Fuensanta, pusieron el sello á aquella sosegada y, para mí, magnífica comida”.

Con respecto a la alcoba, un par de sábanas tendidas comunicaban el lecho del matrimonio del de los hijos y hasta de algún invitado. La cama del matrimonio estaba formada por un lecho de cinco o seis tablas apoyadas sobre unos banquillos de patas torneadas, lecho que recibía de cinco a siete colchones rellenos de perfolia (hoja seca que protege el grano del maíz); se colocaban también camastros, pudiendo dormir incluso los hijos más jóvenes sobre simples montones de paja. Sobre los colchones se disponían blancas sábanas y el correspondiente cobertor.

El huertano, que es tremendamente religioso y plasmándolo así Alarcón y Fernández Trujillo: “para él, no existe mas que su Reina, á quien adora un punto menos que á Dios, á el que venera hasta el fanatismo y con el que cumple lo mejor que puede”, solía tener colgado o pegado con engrudo un gravado o estampa devota de Ntra. Sra. de la Fuensanta o San Cayetano.

También en la alcoba quedaba el arca, de pino rojo, clavazón dorada y herraje de chapa, donde se guardaban ropas de cama, vestidos de fiesta, los ahorros, y a veces hasta alguna pequeña herramienta que se podía perder. Se podía ver, también, algún “Samblar” (San Blas en colgante de cuello), Cruz de Caravaca y el blandón con el que el huertano acudía a las procesiones de Semana Santa, principalmente la del Miércoles Santo, desde la parroquia del Carmen, a la que se ha venido en llamar “Procesión de los huertanos”.

La andana, además o en lugar del pequeño almacén de los productos de la cosecha y los útiles para la cría del gusano de la seda, solían situarse camastros de paja que servían como dormitorios a los hijos menores”.





Hasta el primer tercio del siglo pasado, el huertano se alumbró con distintos sistemas de luz artificial: la vela de sebo, la mariposa, la torcida en aceite, la mecha bañada en petróleo, condicionaron los distintos procedimientos; el hierro el bronce y el latón, los artilugios correspondientes. Los candiles murcianos de ascendencia musulmana –con piqueta única y larga o cuadruple y corta, eran de chapa de hierro y alimentado de aceite, colgaba de los “velaores” de madera o simplemente de un clavo metido en la pared. Pero fue el bronce dorado quien suministró la materia prima para los aparatos de luz tenidos en mayor estima en estos hogares, desde los humildes candelabros, palmetorias y capuchineras hasta los vistosos velones o los quinqués en sus tres modalidades: de mesa, de pared o mixtos.

DATOS DE INTERÉS

En Enero de 1701, el Corregidor Pedro de Reátegui ordenó la demolición de todas las barracas situadas en la parroquia de S. Antolín, a causa del peligro de incendio que entrañaban sus techumbres.

En Julio de 1724, algunos propietarios del pago de San Benito elevaron memorial al Concejo de la capital para que hiciese observar la ordenanza que prohibía construir barracas en la huerta y disponía que fueran demolidas las que se hallasen en contra de dicha ordenanza.

En el Diario de Murcia en el año 1879, tras las inundaciones ocurridas ese mismo año, la Junta de Socorro de Madrid “saca á pública subasta la construcción de cuatrocientas barracas en la vega de Murcia, con arreglo á los planos, presupuestos y pliego de condiciones que se hallan de manifiesto en la secretaría de la Junta. El presupuesto para cada una de las barracas mencionadas es de 635 pts y 4 céntimo; el encargo al fin, fue concedido al arquitecto José Marín Baldo de doscientas barracas de estructura palafítica, apoyadas sobre pilares de ladrillo y columnas de hierro fundido con cubiertas de teja plana sobre armaduras metálicas.

Reverte Salinas en 1963 relató el siguiente diálogo: “Hace poco más de medio siglo que Jara Carrillo decía a Vicente Medina: ¡Si vieras las barracas! Ya parecen arcos triunfales de campanillas”. Pero esas barracas eran de las mejores que había por la huerta murciana que por eso se habían salvado de la orden de aquel corregidor del siglo XIX que, acuerdo con el Gobierno, había ordenado destruir las “indecentes” barracas (frase de Cavanillas), sin embargo, seguían existiendo de esas indecentes en los límites de la provincia con Orihuela, en Beniel, junto a la carretera, zona de peores tierras; el valor es que una es de testeros y la otra de atobas.

Los huertanos acomodados, prefirieron mejorar sus viviendas entrando por las costumbres y materiales más nobles que trajeron las relaciones humanas y las mejores comunicaciones. Y a este respecto, Díaz Cassou dio a conocer la siguiente composición anónima, titulada La Barraca en el Diario de Murcia en 1.897, no sin antes elogiar a otro verdadero poeta murciano, D. Vicente Medina Tomás,

*“ El salió de la huerta
de aquese valle,
sembrado de barracas
y de rosales;”*

“He leído mas de tres veces su Barraca, y he recordado que entre mis papeles del siglo pasado había otros versos con el mismo título, é inspirados por la musa popular á un vate anónimo, y que fueron motivo de que el Sr. Corregidor metiera en la Carcel á un ciego que los cantaba. Al enviar mi aplauso al Sr. Medina, exhumo aquellos versos, tan sentidos, aunque no tan bien hechos como los suyos”:

Canción con motivo de la orden del Sr. Corregidor para derribar las de los que no tienen tierra.

El rey tié varios palacios,
en Murcia hay ca vez más casas,
er Corregidor la tiene,
ca uno vive como arcanas,
y ar fin y á la prepartia
salimos con estas ánsias,
que les ha dado por meterse
con el probe é la barraca.

Icen qu'es cosa der Rey
y el Corregidor lo manda,
que es causa de muchos vagos
que a Murcia vien de mindanga,
icen que lo hacen por bien
y que les demos las gracias,
yo digo que tó está güeno
pero qu'ejen mi barraca.

La tengo ebajo una higuera
junto á la cieca é Meana,
le cantan de día los pájaros
y por la noche las ranas;
es fresca si hace calor,
en invierno es una manta;
y ni er palacio del Rey
vale mas que mi barraca.

Pa más aorno en delante
voy á plantar una parra,
en medio corgá de un gancho
ha de haber siempre una jarra,
tó aquer que pase y sed tenga
que puea echarse un trago d'agua;
quío icir si no la erriban
la probe de mi barraca.

Mi paere hizo la vivienda
en er quijero é Meana,
por la enza é tomar estao
con mi maere de mi arma;
dos probes picatalones
que hicieron nío junto al agua,
er nío pá sus hijiquios
que jué mi probe barraca.

¡Que güen tiempo, que regüeno!
Cuando á la puerta jugaba;
¡que mal día er que á mi paere
piés palante lo sacaban!;
él muerto, mi maere muerta,
yo zagal, aboa un charrasca,
¡cuánta cosa sin la llengua
me está iciendo mi barraca!

El Rey tié varios palacios,
El Corregidor tié casas,
Á aquer que tiene dineros
ande vivir no le farta,
yo tengo en esa vivienda,
to mi bien y toa mi arma;
¿qué le queará á este infelis
si le erribais la barraca?

Como escribió acerca de dicho poema Juan Barceló Jiménez, se trata de un romance o canción vendido y declamado por los ciegos en las calles de la ciudad, constituyendo un auténtico pliego de cordel; los hechos históricos dan origen al romance, así como la expresión de un enfrentamiento sordo, pero real, de la ciudad con la huerta; sin artificios retóricos, sino más bien dentro de un sentido de expresión natural y llana como la del huertano, la lengua del romance acusa la norma por la que después se ha de deslizar al “panocho” en la literatura o llengua murciana según reivindica el colectivo L'Ajuntaera. Dos planos se dan en *la Barraca*: el meramente descriptivo, costumbrista anecdótico y de recuerdo, y, en segundo lugar, no desprovisto de cierto humor popular, un sentimiento, una tristeza y una añoranza que nos

hace pensar en la poesía posterior de Vicente Medina.

En la actualidad, el Museo de la huerta muestra su completa y valiosa colección etnológica, además de dedicar preeminente atención a esta modalidad de vivienda popular huertana; En su recinto, sigue lucíendose una barraca murciana en el mismo lugar donde fue construida en el siglo XVIII, junto a la noria de Alcantarilla, habiéndose respetado las medidas, distribución, mobiliario y ajuar originales.

El estudio que se ha expuesto en este documento, es más producto de la recopilación de todos los textos existentes en la actualidad en esta materia, que del afán de intentar descubrir unos aspectos históricos y antropológicos que han sido a lo largo del pasado siglo XX motivo de amplias investigaciones publicadas, cuya bibliografía se acompaña al finalizar este artículo, que nos puede ofrecer un magnífico panorama técnico y literario suficientemente satisfactorio para quienes el interés por esta construcción, de nuestra Arcadia, revista una especial atención, en todos los órdenes, que abarcan las facetas comprendidas al amparo de tradiciones, costumbres y artes populares de la Huerta de Murcia.

BIBLIOGRAFÍA

- RAMÓN BAQUERO (1840): "el desperfollo". Diario de Murcia. Folletín "Cuadros de Costumbres Murcianas" año 1879.
- ALARCÓN Y FERNÁNDEZ TRUJILLO (1845): "El huertano de Murcia". Semanario Pintoresco Español. Recopilado por Joaquín Hernández en "Murcia en el Semanario Pintoresco Español". Acad. Alfonso X el Sabio (1977).
- MARÍN BALDO, JOSÉ. (1848): "Fuensantica". Episodio novelesco de costumbres murcianas, publicado en 1881 en el "Semanario Murciano".
- MARÍN BALDO, J. (1879): "La Barraca". Folletín del Diario de Murcia bajo el título: "Cuadros de costumbres murcianas por varios autores murcianos.
- "Construcción de Barracas para Murcia". Artículo del Diario de Murcia. (20-Dic-1897).
- DÍAZ CASSOU, P.: "Romance La Barraca". Diario de Murcia (10-Dic-1897).
- AMADOR DE LOS RÍOS, R.: "España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia". Barcelona 1889.
- RODOLFO CARLES (1892): Cosas del otro jueves contadas en éste. Relato "Sabor de idilio". Biblioteca "El Diario de Murcia".
- GARCÍA MERCADAL, F. (1930). "La Casa Popular en España". Capítulo: "La Barraca Valenciana".
- GARCÍA MERCADAL, F.: "Arquitecturas regionales españolas" (1984).
- BAESCHLIN, ALFREDO. (1930). "Casas de campo españolas".
- CARO BAROJA, JULIO. "Los pueblos de España". Ensayo de Etnología. Barcelona, 1946.
- GIESE, W.: "Los tipos de casa de la Península Ibérica". Revista de Dialectología y Tradiciones Populares. Madrid, 1951.
- GIESE, W.: "Los pueblos románicos y su cultura popular". Guía etnográfico-folklorica. Bogotá, 1962.
- GARCÍA MARTÍNEZ, GINÉS. (1960): "El habla de Cartagena".
- REVERTE SALINAS, I. (15-dic-1963; 22-dic-1963; 2-enero-1964). Diario "La Verdad".
- FRUTOS BAEZA, J: "Bosquejo histórico de la ciudad de Murcia y su concejo".
- JORGE ARAGONESES. (1973) "El libro de la Huerta". Nogués.
- FLORES LÓPEZ, CARLOS. (1973): "Arquitectura Popular Española".
- FEDUCHI, L (1976): "Arquitectura Popular Española". Blume, Barcelona.
- HOYOS SAINZ, LUIS DE Y HOYOS SANCHO, NIEVES DE. (1985): "Manual de Folklore. La vida Popular Tradicional en España". Madrid.
- HERVÁS, J.M.; SEGOVIA, A. (1989): "Arquitectura y color". Valencia.
- GARCÍA DÍAZ, ISABEL. (1990). "La Huerta de Murcia en el siglo XIV".
- "Gran Enciclopedia de la Región de Murcia". Dirigida por Serafin Alonso. (1992).
- "Memoria Gráfica de Murcia". (1993). Diario "La Opinión de Murcia".
- "Murcia entre dos siglos" (1997).
- FLORES ARROYUELO: "El último huertano".
- SEIJO ALONSO: "Arquitectura rústica en la región valenciana".
- CASAS TORRES, J.L. Signatura: HO1 2801. Biblioteca universitaria "Antonio Nebrija".
- FOTOS: Barraca del Museo de la Huerta.